

que se fundan en tres dotes predominantes del autor. Estas son: su mérito, por nadie puesto en duda, y que lo mismo le lleva á producir cuadros tan regocijados y ocurrentes como el de *Una Señora comprometida*, que á concertar obras escénicas como el *Baile de la Condesa* y *El Pañuelo blanco*, que á producir retratos y bocetos llenos de exactitud, gracia y estilo, y que á pulsar las cuerdas más delicadas de la lira como en una buena parte de sus *Soledades*; su laboriosidad casi suicida que le hace vivir alerta y con la pluma en la mano todas las horas que los demas consagramos al descanso, pues no hay un solo día en el año que no le sorprenda la aurora pensando, urdiendo, versificando, revolviendo el mundo convencional en que el poeta vive cuando se aísla para la producción; y finalmente, su carácter aragones, que no deja de asomar en algunas de sus obras, pero que estalla y se ostenta poderoso cuando le tiende algun aragonés su mano amiga.

SOLEDADES.

I.

Yo tengo en el alma
La luz escondida,
Que alumbra en la sombra
Y amante convida
Con dulce calor,
Y ahuyenta y confunde la duda impotente
Y engendra el amor.
Yo escucho en la mente
La voz que se exhala
Del fondo del pecho,
Y al alma regala
Con dulce placer,
Y en sueños de gloria le infunde esperanzas
De inmenso poder.
Yo siento en mis venas
Correr presurosa,
Cual dulce y alegre
Corriente copiosa
De eterno bullir,
La sávia fecunda que impregna la vida
De afan de sentir.

Yo siento en el fondo
Del pecho sediento
El mágico impulso,
Que audáz movimiento
Prestando á mi pié,
Me manda en la sombra seguir adelante
Y engendra la fe.

Yo siento en el alma
Tronar lava hirviente,
Bramar la tormenta,
Rugir el torrente
Con ronco fragor;
Incendio escondido, recóndita llama
De eterno calor.

Y en cóncavo acento,
Mil voces secretas,
Cual hondos clamores
De ocultos atletas,
Con ecos de intenso
Tenaz frenesí,
Me mandan que viva con ánsia creciente,
Y amándote, aliente
Mirándome en tí!

II.

Vén; allá en la playa la paz nos espera:
Robando al Otoño sus melancolías,
Buscaremos juntos, cuando el día muera,
Tú las soledades, yo las armonías.
Juntas las cabezas, unidos los talles,
Al sople de Octubre que agosta las flores,

Irémos buscando por montes y valles,
Tú nidos amantes, yo ritmos de amores.
Del mar á la orilla, que es dulce retiro,
Serán nuestro arrullo las ondas en calma,
Y allí exhalarémos, al dar un suspiro,
Tú toda tu vida, yo toda mi alma.

Y este amor secreto que oculto vivía,
Unirá dos almas que un beso fundió:
Yo seré el poeta, tú la poesía;
Tú serás el aire, y el suspiro yo.

Valle de Toranzo.—1864.

III.

Era yo niño, y un día
Vi que mi madre vestía
Traje de negro crespon;
Y al contemplarla, sentía
Tristeza en mi corazón.
¡Ay! desde entonces la vi
Siempre de negro; y á mí
La blusa azul me quitaron,
Y otra negra me compraron
Y de negro me vestí.
Por una senda apartada,
Mi madre, triste y callada
Y de las gentes cobarde,
Salía ¡siempre enlutada!
Cuando moría la tarde.
Alcé temeroso un día

Los ojos para mirar
A la triste madre mía,
Y al verme que sonreía
Rompió la pobre á llorar.

Y yo entónces recordé
Su rostro fresco y hermoso,
Y cambiado le encontré,
Y su traje ántes vistoso
Con el negro comparé.

Negro su traje y el mio,
Negro el monte, negro el rio
Que ya la noche ocultaba.....
Todo en derredor, sombrío,
A llorar nos convidaba.

¡Reflejaba igual color
La descuidada heredad
En silencio aterrador.
Reinaba en nuestro redor
Una negra soledad!

Madres y niños venian
A vernos; todos lucian
Colores que envidié yo.
Madres y niños reian.....
¡Ay! ¡pero nosotros no!

Pasó el tiempo, yo volé;
El pájaro deja el nido
Cuando con alas se ve,
Y al mundo y alegre ruido
De la vida me lancé.

El tiempo y loca la edad
Y otros colores risueños,
Y el amor y la amistad,
Y el placer y los ensueños
De gloria y de vanidad,
Tornáronme sonriente;

Que el dolor que un niño siente
Es en la vida un minuto.
Mas ¡ay! ¡mi madre doliente.....
Aun va vestida de luto!

Madrid.—1866.

IV.

Afan de amor porque de amar le tienes,
Como le tiene de probar la luz
La mariposa que el peligro ignora,
Eso es, mi vida, lo que sientes tú.

Ansia de amarte aunque infeliz me hicieras,
Y en el mundo no más estar los dos,
Y que fin nuestras vidas no tuviesen.....
Eso es, mi vida, lo que siento yo.

Ginebra.—Agosto de 1867.

V.

Torpe es el mundo que pretende artero
Turbar la dicha que en mi pecho alienta,
Torpe el destino que con falso agüero
Me anuncia duelos y agobiarme intenta.
Yo del dolor y su opresion me curo,

Yo del pesar abrumador me río,
Porque ya de tu amor estoy seguro
Y sé que al fin tu corazón es mío.

Como los cuervos en feroz bandada
Buscan la presa en el erial desierto,
Las negras penas de mi vida airada
Buscando vienen mi cadáver yerto.

Pero aunque hambrientas devorarme quiera
Hay algo que se libra al hambre suya,
Y es el alma, que en vano me pidieran
Porque la tengo en tí junto á la tuya.

No hay penas, ni pesares, ni aflicciones,
Que aniquilen mi eterno sentimiento,
A prueba estoy de agravios y traiciones,
Porque pensando en tí, vivo y aliento.

Para sufrir mi vida zozobran
No necesito espíritu animoso,
Me basta con pensar en tí un instante
Para que el mundo me parezca hermoso.

Venga, pues, el dolor á envejecerme
Rugiendo en torno á mí con voz herida,
Que mientras vivas tú para quererme
Yo he de amar las tormentas de la vida!

A bordo.—1866.

VI.

Me dió un beso mi madre, y aquel día
Otro posé yo en tí,
Sin pensar ¡ay de mí! que no era mío

El beso que te dí.
Beso que tú cual amorosa prenda
No supiste guardar,
Y á otros labios, traidora, lo vendiste
Dejándote besar.
Aquel cínico y torpe libertino
Que el beso mereció,
Con igual falso amor que te fingía
Otros labios besó.

Yo en tanto el mundo recorriendo alegre
Y olvidado de tí,
En brazos del placer y de la orgía
La vida consumí.

Una noche, entre el ruido y el mareo
Del vino y del amor,
Sentí unos labios que, con sed de amores,
Turbaron mi estupor.

No supe adivinar, pero el aroma
De un recuerdo aspiré,
Y dos amores de mi edad primera
Temblando recordé.

Y al aspirarlos ambos confundidos
Del canto en el rumor,
Y envueltos en la atmósfera candente
Del vino y del amor,

Ebrio, aterrado, en vacilante paso
De donde estaba huí;
Torné á mi hogar y hallé á mi madre en vela
Y á darla un beso fuí.

Mientras exista, viviré pensando
Lo que por mí pasó;
Mi madre amante me besó en la frente.....
Y triste me miró.

¡Ay! si del beso que perdido lloro
Volvieras á saber.....

Entonces, sólo entonces, presurosa
Vén á besarme, vén!

VII.

PRIMERA SONRISA DE LA PRIMAVERA.

A Julia.

Ya del tétrico invierno desolado
Desparecen los últimos vapores,
Y allá en el horizonte sonrosado
Brilla el sol con purísimos albores.
Sus cálices las flores
Abren al nuevo sol, de hojas repletas ;
Resplandecen sus múltiples colores,
Exhalan dulce aroma las violetas,
Cantan himnos á Dios los ruiseñores.

Del campo ayer sombrío
Sobre la agreste y pálida llanura,
Al influjo de plácido rocío
Gérmenes brotan de feraz verdura ;
Suspira en la espesura
Céfiro blando que en la selva anida ;
La fuente que murmura
Canta las excelencias de la vida.

Ya del almendro la abundante rama
Florece perfumando el verde prado ;
Canta el jilguero en la tupida grama
Con trino enamorado.
Rompe la tierra el refulgente arado,

Despiertan los pastores,
Renueva el campesino sus labores :
De la fragante acacia ayer dormida
Brotó la flor que infunde en nuestra vida
Blando, exitante, embriagador aroma :
Ya la gentil paloma
Tiende su vuelo por el aire puro,
Y el ancho espacio hiende
Para llegar al tapizado muro,
Donde el fresco rosal sus ramas tiende,
Y en el que aguarda el casto compañero
Que al dulce amor primero
Despierta palpitante,
Viendo llegar la tierna esposa amante.
Del húmedo fresal las verdes hojas
Abren su cárcel al gentil capullo ;
Tímidas de rubor despuntan rojas
Las temblorosas fresas, y al murmullo
De la brisa de Abril que las orea
Tiemblan, y al soplo que su pié cimbreo.

La verde clavellina
Renace al sol que amante la engalana ;
La rosa alejandrina
Rica en fragancias mil se iergue ufana ;
Diáfano y claro el bullidor arroyo
Se desparrama en la floresta humbrosa,
Y el río en su corriente melodiosa
Cantando de los campos los primores,
Brinda esperanzas y difunde amores.
¡ Oh sol ! ¡ Oh luz ! ¡ Oh flores !
¡ Oh Silvia idolatrada,
Mi dulce compañera !
¡ Gocemos de la brisa embalsamada
Que esparce la naciente primavera !
La dulce y placentera

Senda apartada que á vagar convida
Sea nuestro camino,
Dejándonos llevar por el destino
Que nos manda gozar la edad florida.
Y, pues, hoy nuevo sol al mundo vino,
¡ Vivamos para amar! ¡ Bella es la vida!

VIII.

ÚLTIMO SUSPIRO DEL OTOÑO.

A Salomé Nuñez.

Del viento que los árboles despoja
Y abatiendo su pompa el tronco hiere,
El quejumbroso acento en cada hoja
Se lleva un ¡ ay! de la estacion que muere.

Del monte altivo á la desierta cumbre
Mientras gime doliente el cierzo frio
Descienden con inmensa pesadumbre
Las anchas nubes de color sombrío.

Refleja el mar la lobreguez del cielo :
La espléndida llanura
Tornóse árido suelo
Descolorida y sin verdor y oscura.

Ya el aire no resuena
Con cánticos de amores,
Azota el viento la crujiente entena,
Y huyen el mar los tristes pescadores.

Las moribundas flores
Que del verde jardin adornos fueron ,

Sin vida y sin amores
Desfallecidas de pesar murieron.

Silbando entre las cañas
Vaga el ábrego en triste melodía,
Y el rio entre sus juncias y espadañas
Preludia el fin del moribundo día.

Perdieron ya los campos el tesoro
Que ayer Céres vertiera esplendorosa ;
Las altas mieses del color del oro,
Las verdes parras y la vid pomposa.

Ruge el viento en los pardos olivares,
Y Orion furioso, amenazando guerra,
Surge de los espesos castañares
Y ronco brama en la eminente sierra.

De la feraz llanura y prado herboso
Desparecieron las brillantes galas,
Los pájaros con vuelo perezoso
Vagan cerniendo las cansadas alas.

Las olas con que el mar su fondo mueve
Su furia estrellan en las altas rocas,
Y á la montaña la naciente nieve
Ciñe las blancas y tempranas tocas.

Los valles solitarios y desiertos
Repiten de la mar el eco vago ,
Los caminos cubiertos
De hierba y jaramago

Guardan las huellas que en profundo asiento
El tardo buey en el arado uncido
Dejó con paso fatigoso y lento
De la carreta al rechinante ruido.

Ya perdiéndose van los segadores
Por la vega, y el bosque y mustio prado,
Y tornan los pastores
Al amor de la lumbre deseado.

El dulce canto que en alegres días

El eco repitió, triste se pierde,
Y en granjas y alquerías
Resuena el recrujir del tronco verde.

Dan sus ricos tesoros al granero
La rubia espiga y el turgente lino,
Y entorna ya el cansado molinero
La puerta del molino.

Lánguido sol, que en rojos arreboles
Doras muriendo las colinas yertas
Y á quien siguen cual tristes girasoles
Mis ojos tristes y esperanzas muertas,
En los efuvios de tu luz poniente
Lleva el suspiro cariñoso y tierno,
Y sea en el hogar de Silvia ausente
Como en ella mi amor, huésped eterno!

Righi-kulm.—1867.

IX.

(*Una salus victis nullam sperare salutem.*)

Corriendo van tu corazón y el mío
De un amor delirante arrebatados,
Como van por el ímpetu del río
Los rígidos cadáveres lanzados.
Se pierden en el mar; tristes despojos,
Los cuerpos que arrastraron las arenas;
Las lágrimas que vierten nuestros ojos
Se pierden en el mar de nuestras penas.
No intentes detener el curso airado
Del río que rugiente se desborda;

Deja que nuestro amor desenfrenado
Vaya á perderse en su corriente sorda.

Va el río al mar, y al piélago infinito
Corren á hundirse las deshechas quillas,
Como el placer en nuestro amor maldito
Lóbrego mar sin fondo y sin orillas.

Vano es volver la vista á lo pasado,
Vano nuestro pesar, llantos y enojos,
Sigamos nuestro rumbo apresurado
Cerrando al bien los espantados ojos.

Que pues la suerte nos unió á despecho
Del deber y el honor y el albedrío,
Tu pecho al estrechar contra mi pecho
Tu corazón juntando con el mío,

Náufragos tristes que del viento alevé
Seguimos juntos la impulsión constante,
Juntos perdamos la existencia breve
Entre el fragor del huracán tronante.

Quédese atrás lo que olvidó el delirio;
Muerte y dolor el horizonte ofrece:
¡Quién buscó en su pasión sordo martirio,
Consienta en sucumbir como merece!

París.—Enero, 1868.

X.

Te amé desde niño; no sé si me amabas,
Ni osé preguntarlo, ni pude saberlo;
Partí de la aldea; la suerte lo quiso,
Te llevé en mi pecho.

Torné victorioso ; mas ¡ay, que era tarde!
Seguida de un hombre salias del templo ;
Tu dicha cantaban alegres campanas,
¡ Tu dicha, y mi duelo !

Dos años más tarde pasé por la aldea,
Y hallarte dichosa pensó mi deseo.
No pude encontrarte ; mas ¡ay! las campanas
Tocaban á muerto (1).

XI.

DESPEDIDA.

Aquí estoy... ¿ he tardado, amada mía ?
Ya apuntan los luceros,
Ya saludan los pájaros al día
Posados en los verdes limoneros.
Habla bajo, por Dios, tu madre duerme ;
No quiero que te ríñan por quererme...
No llores ni suspires :
Cuando volver me mires,

(1) Esta poesía, la siguiente y la que lleva el número XXIII, son las únicas que he creído poder reproducir de la agotada edición de mis primeros versos publicados en 1866 con el título de *Arpegios*, libro que á pesar de haberse agotado, me parece hoy detestable por lo descuidadísimo de la forma, como no podía menos de ser, dadas las circunstancias en que fué escrito. Es la obra de un principiante sin experiencia alguna literaria, y llena de incorrecciones y defectos.

La gloria que á tu amor traiga mi anhelo
Compensará el pasado desconsuelo.
No llores... mira bien que el tiempo vuela.

Cese, por Dios, tu lloro ;
Cada lágrima tuya
Me borra de tus labios un « te adoro. »

¡ Cuánto en este lugar hemos amado !
Corrían murmurantes y tranquilos
Los arroyos del prado,
Que aroman las magnolias y los tilos...

¿ Dices que tardaré ? No, no lo creas.
¿ Que no me olvidarás ?... ¡ Bendita seas !

Aquí te dije amores
Al verte sola por la vez primera ;
Mira : llevo en el pecho aquellas flores
Que para mí robaste á la pradera ;
Aun secas y marchitas

Viven á mi calor por ti benditas.
¡ No suspires, mi bien... tu mano arde...
Cálmate... Adios, adios es ya muy tarde!...

Deja, por Dios, que del postrero beso
Lleve el calor : mi corazón lo espera ;
Cruzando el mar lo mandaré á tu lado
Cuando la tarde muera !

¿ Has oído un rumor?... van á encontrarte...
Naciendo el día está... ¡ fuerza es dejarte !
Tuyo siempre, mi bien, mi eterno encanto...
¡ Suéltame, por piedad... cese tu llanto !...
Que olvide mi deber... ¿ Eso me pides ?...
¡ Chist ! ¡ Calla ! ¡ Adios ! ¡ Adios ! ¡ Que no me olvides !

XII.

A CARLOS COELLO.

¿Qué vago y misterioso desaliento
Mi corazón devora?
¿Qué voz es ésta que con hondo acento
Dentro del pecho desengaños llora?
Vivir no puedo así; con sed horrible
Sigo una luz que su calor me ofrece,
Una ficción, un sueño, un imposible,
Que oculto llama y que jamás parece!
La veo entre las mágicas visiones
De eterna pesadilla,
Y despierto con dulces impresiones,
Viendo siempre la luz que lejos brilla.
¿Quién es? ¿En dónde su fulgor destella?
¿Qué atmósfera la envuelve?
Tiempo me falta para hallar su huella;
Mas ¡ay! el tiempo que se va no vuelve!
Un año y dos, y treinta, en sed constante,
La busco y la persigo
Suspirando por ella delirante,
Y más se esconde cuanto más la sigo.
A veces una forma encantadora
Me infunde una esperanza;
Y en engaño feliz mi alma la adora,
Y ciega en brazos de su amor se lanza.
Ya el breve encanto del placer pasado,
Le canto mi querella,
Y al ver el eco de mi voz ahogado,
Lloro al dejarla, porque no es aquella.
Mudanza infiel, ó criminal desvío

En derredor me acusa;
Mas ¡qué hará en desagravio el pecho mío
Si ella no es nunca la ignorada musa!
Mi alma abismada en hondo desconsuelo,
Tenaz dolor refleja
Tal vez el alma que encontrar anhelo
Sin verme pasa y de mi amor se aleja.
La blanca nube en moribundo ocaso
Traspone la colina;
Mi edad tras ella consumiendo paso...
Y el alma en triste soledad declina!

XIII.

La péndola monótona
Con su tenaz sonido
Un tiempo acompañaba
Nuestros amantes cálidos suspiros.
Minuto tras minuto
Las horas avanzaban,
Y un mundo de secretos
Había en nuestras ávidas miradas.
La péndola en sus lentas
Sonoras vibraciones,
Marcaba los latidos
De dos enamorados corazones.
Así todo un invierno,
Los dos lejos del mundo,
La péndola tan sólo
Nuestras veladas ignoradas supo.
Pasaron los amores,

Murieron los placeres,
De la pasión el fuego
Trocó la edad en desolada nieve
 Cuando en la fría noche
Del solitario invierno
Delante de la lumbre
Sombras evoco y mi pasado veo,
 Cuanto adoré potente
Lo lloro destruido;
¡La péndola tan sólo
Sigue, tenaz, hiriendo mis oídos!

XIV.

LA ORACION.

¡Oíd! Con sôn doliente que el ancho espacio hier
Resuena la campana cuando la tarde muere,
Y el sol hunde sus rayos en el confin del mar.
¡Oíd! Allá en la torre voltea la campana
Que al corazón infunde la santa fe cristiana
Y anuncia un día ménos en el que va á espirar.
Ya el campo sin faenas quedando va desierto,
Las barcas pescadoras volviendo van al puerto,
La lumbre en los hogares comienza ya á lucir.
Fosforescentes brillan las murmurantes olas,
Y lánguidas las flores plegando sus corolas
Se humillan dolorosas sintiéndose morir.
El pájaro nocturno se cierne en la montaña,
Los perezosos bueyes tomando á la cabaña;
Hoy como ayer pasaron, más lentos hoy que ayer

Buscando van las aves el amoroso nido,
El bosque entre las ramas exhala hondo gemido,
Y van las hojas secas rodando á perecer.

La sombra se alza y crece; la noche avanza oscura,
Silencio reina en torno del monte y la llanura,
Y el campo no repite ni el más leve rumor.
Medrosa el aura leve los árboles orea,
Y el humo que levanta la oscura chimenea
Se pierde entre la sombra sin forma y sin color.

¡Orad! Que son momentos de meditar en calma;
La luz que espira infunde recogimiento al alma
Y plácidos alivios al cotidiano afán.
¡Orad! que la campana, con fúnebre armonía,
Recuerda en los celajes del moribundo día
Las horas que se alejan, los días que se van.

Orad, y á Dios fervientes alzad los corazones
Y el alma en el crepúsculo sus breves ilusiones
Aprenda en las imágenes que mira por doquier.
La vida es luz poniente, sol que fugaz refleja.
La flor que se marchita y el humo que se aleja,
Hoja que el viento lleva rodando á fenecer.

Orad, y en estas horas de calma y de reposo,
Seren a el alma siga su rumbo proceloso
Del mar del infinito bogando en la extensión.
¡Orad! Que nadie sabe si existirá mañana,
Y lenta resonando la fúnebre campana
Nos une al cielo amante con ecos de oración.

En la montaña.—10 de Agosto de 1866.

XV.

El corazon me dice ¡ama y espera!
Y la mente me grita: ¡finge y calla!
La pasion siento en mí rugiendo fiera,
Y la razon la humilla y la avasalla.

Quiero sentir, y en vano voy buscando
Quien sienta como siento y como pido;
Quiero pensar, y el corazon llorando
Fallece en triste soledad y olvido.

¡Por esta lucha el alma combatida
Sucumbe la materia quebrantada,
Y al final voy llegando de la vida
Sin haber visto el sol en la jornada!

XVI.

Son las tres; va á venir; me ha prometido
Pasar toda una tarde junto á mí;
Todo la espera..... el cuarto perfumado
Cual árabe pensil,
Entornado el balcon, la chimenea
Rebosando de leña, que al crujir
Produce sonos que al amor convidan;
Abierto el piano; el vals en el atril,
Las azucenas esparciendo aromas
Vertiendo esencia el temblador jazmin.
.....

¡Qué lento pasa el tiempo! ¡Oh lluvia grata!
Coro de besos me parece oír.
Bendita la cadencia cariñosa
Que nos arrulle así.
Me late el corazon; ¿será que llega?.....
La seda oigo crujir.....
Ya resuenan sus pasos temerosos....
Se acerca..... ¡ya está aquí!

París.—Enero de 1870.

XVII.

Miéntas alegres cantan tiernos poetas
Del campo en luz bañado la lumbre pura,
Y el balsámico aroma de las violetas
Y la fuente sonora que amor murmura;
Miéntas brindan amores de encantos llenos
Las flores de los valles, la luz del día,
Y los limpios arroyos corren serenos,
Y en los álamos verdes la alondra pía;
Miéntas mece sus hojas la esbelta palma
Que el aire cariñoso gentil cimbrea,
Y el mar, como tus ojos, inunda el alma,
Y al arrayan silvestre la brisa orea;
Miéntas suenan canciones en las cabañas,
Y el ruiseñor exhala tristes congojas,
Y el sol dora las cumbres de las montañas,
Y en el bosque dormido tiemblan las hojas,
Y en el mundo se anuncia la primavera
Y es todo alegre y rico, pingüe y fecundo,

Vén, que tú y yo aquí juntos la tarde entera,
Vamos á ser dichosos léjos del mundo.
Vén, que ya el aposento donde te pido
Confesion de mil sueños, que tú no sabes,
Tibio está y aromoso como está el nido
Donde el canto primero lanzan las aves.
Vén, que ya entre la leña que se consume
La moribunda llama tiembla y ondea,
Y al aire en que respiro falta el perfume
Que tu aliento de rosa siembra y orea.
Vén, que los verdes troncos crujiendo lloran,
Y los blandos asientos junto á la lumbre,
Convidan al secreto con que se adoran
Los que de amar á solas tienen costumbre.
Mirar con sed del alma quieren mis ojos
Los rizos desprendidos sobre tu espalda,
Y aquí adorarte quiero puesto de hinojos
Con mis manos dormidas sobre tu falda.
Yo te diré entre tanto que el aire hiere
Los entornados vidrios con dulces sonos,
Lo que se siente viendo la luz que muere
Cuando envuelve la sombra dos corazones.
Te diré los tormentos en que me agito
Cuando en mis soledades, de sombras llenas,
En insomnio de amores febril palpito
Devorando en silencio mis hondas penas.
Te haré ver de mi lecho bajo la almohada
La rosa que en secreto me diste un día,
Y á deshora me cuenta con voz callada
Lo que en tu blanco seno feliz sentía.
Donde quiera que tornes tus ojos claros
Verás que tus recuerdos forman mi culto,
Porque de ellos mis ojos son siempre avaros,
Y ellos son el tesoro que guardo oculto.
Aquí hay calor del alma que tu amor siente,

Y al apagar la llama sus resplandores,
Darán dulces perfumes al tibio ambiente
Dormidas en sus vasos las frescas flores.
Aquí donde no alcanza la vista humana
Sentiremos corrientes fascinadoras,
Y pensando en que nunca llegue mañana
Dejarémos que pasen lentas las horas.
Aquí en estrecho lazo los dos unidos
Saldrán á nuestros labios los corazones,
Y oiremos el eco de sus latidos
Contando en el silencio las pulsaciones.
Serán de nuestra dicha rítmico arrullo
Cuando el último rayo nos mande el día,
La lumbre con su vago dulce murmullo,
La péndola con triste monotonía.
Resonará en mi pecho, rápido y breve
El suspiro medroso que amante exhalas,
Como el dulce aleteo tímido y leve
Con que el amor en torno cierne sus alas.
¡Boguemos en la sombra con rumbo á un cielo
Que oculta entre sus nubes luciente día!
Deja que nuestras almas rompan su vuelo
Navegando en las ondas que el aire envía.
En las masas informes del ancho espacio
Y en la niebla flotante de mil vapores,
Levantaron los genios aéreo palacio
Donde cantan tus glorias y mis amores.
Yo te guardo una patria desconocida
Y en su region sin nombre serás señora;
Nuestro ambiente es la niebla descolorida,
Nuestro mundo la sombra desoladora.
Boguemos como el aire sobre la espuma,
Volemos como el viento que va perdido,
Y rompiendo anhelantes la densa bruma,
Busquemos otro mundo desconocido.

¡Espíritus errantes y misteriosos
Que vagáis del espacio por las regiones,
Dadme el rumbo ignorado con que dichosos
Hallan su dulce asilo dos corazones!
¡Ay bien del alma mía! ya tu sonrisa
Me anuncia tu partida tan dolorosa,
De la tarde al perderse la última brisa
Me anuncia de tu ausencia la ley forzosa.
Ya para abandonarme sin que te vean,
Cuidadosa te cubres tu faz de cielo;
Déjame que mis labios tu velo sean
Y que ardientes se posen sobre tu velo.
Que al escuchar cual dulce postrero goce
Tus pasos temerosos perderse iguales,
De la crujiente seda sintiendo el roce,
Como de mariposas en los rosales,
Llorando tus ausencias que son tan largas,
Cayendo en el hundido sillón de raso,
Lágrimas del recuerdo vertiendo amargas,
Conservará mi oído tu último paso.
Y al amor de la llama que con su lumbre
Renovará en mi mente dulces ideas,
Comenzaré á escribirte, según costumbre,
La carta que comienza : « ¡ Bendita seas ! »

XVIII.

(TRADUCCION LIBRE DE METASTASIO.)

Llegó el terrible instante :
Adios ¡oh prenda mía!

¡Cómo podré yo un día
Vivir lejos de tí?
Será eterno mi duelo;
No encontrará consuelo
Mientras que tú.... ¡quién sabe
Si pensarás en mí!
Deja que en pos al ménos
De mi pérdida calma
Siga tu sombra el alma
Cual yo tu amor seguí.
Errante peregrino
Yo iré por tu camino;
Y en tanto tú.... ¡quién sabe
Si pensarás en mí!
Allá en lejana tierra
Doliente el pecho mío,
Al valle, al monte, al río,
Preguntará por tí.
Me encontrará la aurora
Llorando hora tras hora,
Mientras que tú, ¡quién sabe
Si pensarás en mí!
Verán mis ojos tristes
La playa, el bosque umbroso
Donde viví dichoso
Cuando tu amante fui.
Felices pensamientos
Serán fieros tormentos,
Y tú, mi bien, ¡quién sabe
Si pensarás en mí!
Esta es, diré, la fuente
Donde lloré celosa,
Y donde en paz dichosa
La mano la tendí.
Aquí lloré mudanzas,

Allí me dió esperanzas.....
Y tú, mi amor, ¡quién sabe
Si pensarás en mí!
¡Cuántos verás en tanto
Llegar á tu morada,
Con alma enamorada
Buscando amor en tí!
Entre esos mil amantes
Rendidos y anhelantes.....
Quién sabe, vida mía,
Si pensarás en mí!
Recuerda las memorias
Que hay en mi pecho, ¡oh Nise!
Piensa que yo te quise
Y el premio no pedí.
Piensa en el duro y fiero
Bárbaro adios postrero.....
Piensa..... mas ¡ay, quién sabe
Si pensarás en mí!

XIX.

PUESTA DE SOL.

Tu brazo sobre el mio,
Tu mano entre mis manos,
Y en lánguido descuido
Dejándote llevar,
Cuando la tarde muere
Volvemos de la playa,

Oyendo en són doliente
Las ondas murmurar.
Con paso perezoso
Cruzamos la vereda,
Tu labio no se atreve
Palabras á decir.
Me rozan tus cabellos,
Me miras y te miro,
Suspiras y suspiro
Sintiéndome morir.
Murmuran quejumbrosas
Las hojas desprendidas,
Que hollando vas al paso
Con perezoso pié;
Tu planta se detiene,
Descanso grato brinda
La solitaria roca
Donde la mar se ve.
Ya solos en el mundo
Quiere el azar que estemos,
Mas ¡ay! que no acertamos
Ni tú ni yo á decir
La frase que pintando
Lo que los dos sentimos,
Resuma en un instante
Diez años de sufrir.
¡Silencio! Que no asome,
No alteres la sonrisa
Que en tus medrosos labios
Comienza á germinar;
Amo yo más mil veces
Cuanto adivino en ella,
Que todas las imágenes
Del diálogo vulgar.
¡Silencio! Que ni el aire

Que tus cabellos mece
Trayéndonos aromas
Que invitan al amor,
Pueda en sus tibias ondas
Llevar tu pensamiento ;
Celos de muerte siento
Del eco y del rumor.
¡Silencio! ¡Que no puede
Pintar idioma humano
Lo que tus ojos dicen
Clavados ora en mí ;
Del corazón que late
Llegando hasta mi mano
Pasando por la tuya,
Van penetrando en tí
Suspiros dolorosos ,
Acentos nunca oídos ,
Palabras nunca dichas
Ecos que al alma van ;
Lágrimas que no corren ,
Sonidos que no suenan ,
Latidos que anonadan
Y embriagador afán !
¡Silencio! No me digas
Lo que harto yo adivino ,
Mírame hasta la aurora
Con alma y corazón.
Deja que nuestras almas
Se encuentren en la sombra ,
Mientras el mar tranquilo
Murmura en lento són.
Mas ¡ay! que el blando rayo
De la indiscreta luna
Con plácida sonrisa
Nos viene á sorprender.

Sigamos la vereda
Tu mano entre mis manos ,
La frente sobre el hombro
Dejándome caer.
Corrientes misteriosas
Que revolais perdidas ,
Fundiendo almas errantes
Nacidas para amar ,
Bendito vuestro ambiente
Que engendra amor del alma ;
¡Bendita eternamente
La luz crepuscular!

XX.

A EULOGIO FLORENTINO SANZ.

Ella es una muchacha de ojos de cielo,
Rubia cual la dorada mies del estío ;
Hay en su frente nubes de desconsuelo,
Y no puede ahuyentarlas el amor mio.
¡Ay! así como es ella gentil y airosa,
Tan jóven, con su alegre dulce sonrisa,
Su elegante atavío , su faz de rosa ,
Nunca será dichosa,
¡Pobre Eloisa!
Acariciando amante sus blondos rizos,
Le dije al ver lo triste de su mirada :
¡Malhayan, pobre niña, tantos hechizos
Que dan una hermosura tan desdichada !
Labios mil agostados por loco exceso

Marchitaron tu alma con raudo hastío ;
Eras niña y en tu alma ya estaba impreso.

Yo te adoro por eso,
¡ Pobre amor mio !

Cuando tristes mirando morir los días
Oímos en silencio pasar las horas,
Tú lloras por secretas melancolias,
Yo siento que me muero cuando tú lloras.
Daria por que fuera tu amor sincero
Puro, como el encanto de tu sonrisa,
Y por haber yo sido tu amor primero.....

Cuanto tengo, amo y quiero,
¡ Pobre Eloisa !

Tú sientes, y eres buena, y es delicada
La oculta fantasía de tu alma ardiente ;
Eres la flor marchita que va arrastrada
Del cenagoso rio por la corriente.

Pero dejarte quiero, mi mal no ahondes ;
Tus monótonos besos me infunden frio,
Y esos tristes suspiros con que respondes
A mis quejas, son ecos de tu desvío.
Olvida estas calladas horas de invierno,
Que en tu lecho de raso no hay poesia
Para quien triste llora pesar interno,

Y desconsuelo eterno,
¡ Pobre alma mia !

Y ella escucha estas frases con dolor mudo,
Y sus labios buscado vienen mis labios,
Escuchando mi acento doliente ó rudo,
Sollozando iracunda sordos agravios.
Y estruja entre los dedos sus ricas blondas,
Y se agita nerviosa, rompe sus galas,
Y me envia en su aliento penas muy hondas,
¡ Angel que al cielo quiere volver sin alas !
Pero en vano es amarla, y en vano lucha

Con mi pena, que á su alma tenaz ofende ;
Corazon moribundo su pena es mucha,
Porque quiere amar algo que no comprende.
Ya olvidada, ya se anima, ya canta y rie,
Ya es loco torbellino, vuelve á la risa.....
¡ Qué triste es su mirada cuando sonrie !

Ya olvida, ya se engrie.....
¡ Pobre Eloisa !

Octubre de 1868.

XXI.

De aquel suspiro que al aire diste
Cuando el nativo país dejé,
Mientras doliente, llorosa y triste,
Llanto vertias de amante fe,
¡ Ay luz perdida,

Sombra querida,
Toda mi vida me acordaré !

De aquella carta donde me dabas
Quejas amargas que no escuché,
Y en que mi ausencia triste llorabas,
Mientras artero yo te olvidé,
¡ Ay luz perdida,

Sombra querida,
Toda mi vida me acordaré !

De aquella tarde que á mi morada
Desde la aldea llegaste á pié,
Pálido el rostro, la faz cansada,
Buscando un alma que tuya fué.....

¡ Ay luz perdida,
Sombra querida,
Toda mi vida me acordaré !
De aquella trenza de negro pelo
Que á tu cadáver arrebaté,
Cuando llorando sangre del alma
Caí del negro féretro al pié....
¡ Ay luz perdida,
Sombra querida,
Toda mi vida me acordaré !

XXII.

No me mires airada,
No más enojos ;
Mírame cariñosa, luz de mis ojos.
Mírame con los ojos
Medio entornados,
Dándome mil suspiros entrecortados.
Mírame con los ojos
Medio escondidos,
Como los de los niños que están dormidos.
Mírame tan de cerca
Que con tu aliento
Aspire yo en tus ojos tu pensamiento.
Mírame mientras duren
Nuestras veladas,
Y contemos las horas por las miradas.
Ciégame de tus ojos
Con los destellos,

Mírame con el alma que asoma en ellos.
Mírame, que me hieres
Y no me dañas....
¡ Y yo vivo á la sombra de tus pestañas !

Valencia.—1867.

XXIII.

En el fondo del mar nació la perla,
En la alta roca la violeta azul,
En las nubes la gota del rocío,
Y en mis ensueños tú.
Murió la perla en imperial corona,
En búcaro gentil la mística flor,
En brillantes vapores el rocío....
¡ Y en tu memoria yo !

1866.

XXIV.

Tiempo, ausencia, sospechas y desvíos,
Todo para olvidarte lo intenté ;
Fija en mi mente y en el alma impresa,
Alientas poderosa hoy como ayer.
En desamor constante
Y en pertinaz desden

Quiero borrar del corazón tu imagen.....

¡ No puede ser !

¡ Otras hay ! piensa el ánimo inconstante ;

¡ Sólo hay una ! me dice el corazón ;

¡ Alguna piensa en tí ! grita el deseo ,

Y oigo tu voz que dice : ¡ Esa soy yo !

Y todas cuantas miro

Girar en mi redor ,

Copian tu imagen, con tu voz me llaman.....

¡ Irresistible voz !

Te finjo por la edad desmejorada ,

Imagino en tu rostro arrugas mil ,

Y entonces brilla y me deslumbra y ciega

La ingénita bondad que brilla en tí.

Y el pródigo tesoro

De tu bondad sin fin

Tenaz me obliga, y en tu casto seno

Mi amor torna á dormir.

Hallar entonces imagino aleve

Doblez en tu insensible corazón ,

Y el ánimo cobarde te imagina

Engañosa y falaz y sin amor ;

Pero tu eterno encanto

Y de tu acento el són ,

Me mandan que te siga y que te adore.....

¡ Y logras más que yo !

¡ Ah ! de la edad en la fatal corriente

Cuanto amaba, inconstante lo olvidé ;

Ciego creyente ayer, hoy pienso, y dudo ,

Ora me hasta lo que ansiaba ayer.

Perdido el sentimiento

Que torpe derroché ,

Hombre al fin, inconstante y veleidoso

Descubro mi doblez.

La sacra llama de los patrios lares

El santo fuego del naciente amor,
De eterna gloria el lisonjero ensueño,
La ardiente sed de férvida ambición

El alma en sus albores

Latir febril sintió,

Y hoy llora desengaños y amarguras

En sombras de dolor.

Todo en lento descenso y en pendiente

Fatal, á despeñarse vi correr ;

Cada cabello que la edad despoja

Se lleva un eco de la antigua fe.

Recuerdos y esperanzas

Mató el tiempo cruel,

Y tú en mí vives, y olvidarte quiero.....

¡ No puede ser !

XXV.

LAS DOCE.— Á MARIANA.

Mientras da el reló las doce

Á compas lento y sonoro,

En estas manos que adoro

Deja que mis labios roce.

Deja que en silencio y calma

Te dé, mi gentil señora,

Un beso por cada hora

Que de placer diste al alma.

Uno, en memoria del día

Que tus ojos me miraron,

Y eterno amor me brindaron